

#33

CONTRA LA SUPERACIÓN OBLIGATORIA. RECONFIGURACIONES DE LA MEMORIA DEL SIDA DESDE EL SUR GLOBAL: DUELO FORZADO, HOMONORMATIVIDAD, GENTRIFICACIÓN DEL IMAGINARIO Y MASCULINIZACIÓN IMPUESTA

Fernando Pliego Pérez

University of Michigan

<https://orcid.org/0000-0002-1077-5665>

Artículo || Recibido: 10/01/2025 | Aceptado: 20/07/2025 | Publicado: 10/2025

DOI 10.1344/452f.2025.33.5

frnndplgprz@gmail.com

Ilustración || ©Ana Rodríguez - Todos los derechos reservados

Texto || ©Fernando Pliego Pérez – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons



UNIVERSITAT DE
BARCELONA



Resumen || El presente artículo postula la importancia de visitar e historizar la crisis del SIDA para romper con los discursos del “post-sida” (Walker) que han promovido un paradigma de superación histórica y autogestión crónica de la enfermedad, que descarga la responsabilidad del cuidado sobre los propios sujetos, enmarcado en un esquema de valores neoliberal e individualista. Dichos discursos, como han advertido críticamente autores como Dion Kagan, Sarah Schulman y Susan Sontag, tienden a despolitizar la sexualidad, desactivar la memoria colectiva y justificar el desfinanciamiento de la lucha contra el virus bajo la ilusión de una superación tecnocrática. A partir de estos enfoques, se analiza primero la memoria colectiva de Estados Unidos, atravesada por procesos de duelo forzado y gentrificación del imaginario al servicio de intereses imperialistas. Luego, se presenta un recuento de los estudios latinoamericanos que, como los de Lina Meruane, han problematizado las complicaciones de la globalización, especialmente en contextos de masculinización impuesta y las nuevas homonormatividades. Finalmente, se integra una lectura contemporánea de la postcrisis en Chile con la novela *Los hombres que no fui* de Pablo Simonetti, para reflexionar sobre el ambiente de represión, exclusión y olvido en que se presenta la memoria de las personas fallecidas por causas relacionadas con el sida.

Palabras clave || Literatura | Sida | VIH | Estudios culturales | Globalización | Género

Contra la superació obligatòria. Reconfiguracions de la memòria de la sida des del sud global: dol forçat, homonormativitat, gentrificació de l'imaginari i masculinització imposada

Resum || El present article postula la importància de visitar i historitzar la crisi de la SIDA per a trencar amb els discursos del “postsida” (Walker) que han promogut un paradigma de superació històrica i autogestió crònica de la malaltia, que descarrega la responsabilitat de la cura sobre els propis subjectes, emmarcat en un esquema de valors neoliberal i individualista. Aquests discursos, com han advertit críticament autors com Dion Kagan, Sarah Schulman i Susan Sontag, tendeixen a despolititzar la sexualitat, desactivar la memòria col·lectiva i justificar el desfinanciament de la lluita contra el virus sota la il·lusió d'una superació tecnocràtica. A partir d'aquests enfocaments, s'analitza primer la memòria col·lectiva dels Estats Units, travessada per processos de dol forçat i gentrificació de l'imaginari al servei d'interessos imperialistes. Després, es presenta un recompte dels

estudis llatinoamericans que, com els de Lina Meruane, han problematitzat les complicacions de la globalització, especialment en contextos de masculinització imposada i les noves homonormativitats. Finalment, s'integra una lectura contemporània de la postcrisi a Xile amb la novel·la *Los hombres que no fui* de Pablo Simonetti, per a reflexionar sobre l'ambient de repressió, exclusió i oblit en què es presenta la memòria de les persones mortes per causes relacionades amb la sida.

Paraules clau || Literatura | Sida | VIH | Estudis culturals | Globalització | Gènere

Against Mandatory Overcoming. Reconfigurations of AIDS Memory from the Global South: Forced Mourning, Homonormativity, Gentrification of the Imaginary and Imposed Masculinization

Abstract || This article argues for the importance of revisiting and historicizing the AIDS crisis in order to challenge “post-AIDS” discourses (Walker) that have promoted a paradigm of historical overcoming and chronic self-management of the disease, which shifts the responsibility for care onto the individuals themselves, framed within a neoliberal and individualistic value system. As critically noted by authors such as Dion Kagan, Sarah Schulman, and Susan Sontag, such discourses tend to depoliticize sexuality, undermine collective memory, and justify the defunding of efforts to combat the virus under the illusion of technocratic progress. Based on these approaches, the article first analyzes the collective memory of the United States, shaped by processes of forced mourning and gentrification of the imaginaries in the service of imperialist interests. Next, it offers an overview of Latin American studies that, like those of Lina Meruane, have problematized the complications of globalization, particularly in contexts of imposed masculinization and new homonormativities. Finally, the article presents a contemporary reading of the post-crisis in Chile through Pablo Simonetti’s novel *Los hombres que no fui*, reflecting on the atmosphere of repression, exclusion, and erasure in which the memory of those who died from AIDS-related causes is presented.

Keywords || Literature | AIDS | HIV | Cultural Studies | Globalization | Gender

0. Introducción

En el contexto actual de post-crisis —un término relativo que debe usarse con cautela, especialmente si se consideran las condiciones epidemiológicas en África—, resulta una muestra de privilegio e irresponsabilidad afirmar que el sida ha sido superado universalmente. Este tipo de afirmación se deriva del discurso del «post-sida», el cual ignora que muchas personas aún viven con estigma e incertidumbre y sin acceso a medicamentos. A pesar de ello, se les exige integrarse a un paradigma de cronicidad impuesto por el neoliberalismo y la homonormatividad.

Las narrativas de progreso «post-sida» sirven en estas circunstancias para fomentar una amnesia generalizada acerca de las luchas políticas realizadas por activistas de generaciones anteriores para avanzar en el desarrollo de medicamentos y su posterior distribución. De igual manera, rompen los lazos de solidaridad internacional, invisibilizan las condiciones de gobernabilidad que entrelazan las crisis de los años ochenta y noventa con las más recientes y, entre tantos otros efectos perniciosos, promueven el desfinanciamiento de programas de apoyo pagados por potencias primermundistas, las cuales, al ver la mitigación de la crisis en su territorio, han dado por desentenderse y han perdido años de inversiones, según se sigue de sus paradigmas de inmunología (Moraga, 2024).

Para comprender las consecuencias de esta narrativa post-crisis, es necesario revisar cómo se ha reconfigurado la memoria colectiva del sida en distintos contextos geopolíticos y culturales. Mi propuesta en este artículo es hacer un recorrido que parta del impacto en el imaginario nacional estadounidense, atraviese los estudios latinoamericanos sobre globalización, y culmine en una lectura situada de la novela *Los hombres que no fui*, que permite reactivar las memorias silenciadas de la disidencia sexual en Chile.

De acuerdo con la investigadora sobre bioética Liz Walker, en «Problematizing the Discourse of ‘Post-AIDS’» (2020), debemos utilizar con «the most exquisite sensitivity (if not reluctance)» las narrativas del «post-sida» para evitar caer en las confrontaciones entre el lenguaje de las políticas de salud internacionales precipitadamente optimistas y las vidas reales de aquellas personas que viven con el VIH y de aquellas afectadas por la epidemia (2020: I). Siguiendo sus estudios, la estigmatización ha permanecido latente en muchos lugares a pesar del impulso para normalizar el VIH y pensarlo como una enfermedad crónica como cualquier otra. En realidad, tantas personas afectadas viven en lo que se conoce como una enfermedad liminar, donde los límites entre lo normal y lo excepcional son incómodos, lo cual genera una tensión para aquellos a quienes se espera que actúen como si tuvieran una enfermedad como cualquier otra, «normal» o crónica, aun si están viviendo su condición de manera única y excepcional (2020: I). En muchos contextos, el contraste con las crisis de años pasados en el norte presupone,

según estas expectativas, la nulificación de cualquier síntoma de malestar e inseguridad, además de la inclusión en programas de duelo forzado, superación histórica obligatoria y desexualización exigida, según habré de desarrollar más adelante.

Liz Walker concluye, por lo tanto, que hay una nueva presión generada para aquellas personas que no logran adaptarse a las expectativas de normalidad impuestas exógenamente sobre lo que viven personalmente. Esto se basa en las prerrogativas médicas y sociales acerca de que alguien que vive con VIH responderá «apropiadamente» al tratamiento física y psicológicamente. De una expectativa compartida se presupone que no deberán tener ningún estigma, que no deben fracasar las demandas sobre ellos de supervivencia y de cumplimiento de protocolos. No obstante, este discurso, muchas veces lejos de fomentar la ayuda, termina por crear una fuente innecesaria de estrés por acercarse a la norma. Además, esta manifestación de expectativas de normalidad y superación implica negar la condición mortal y excepcional de la enfermedad, lo cual ha sido utilizado para la remoción del interés público:

[...] if a condition is 'normal,' 'everyday' and 'unexceptional,' then the need for 'exceptional' support is no longer present. There is, thus, a clear political imperative at work here in both the Global North and South, where it manifests differently, which allows for, with disastrous consequences, a potential withdrawing of social, political and, perhaps most importantly, financial assistance and support (2020: 1).

Las subjetividades homosexuales también han sido afectadas por estas expectativas de normalidad. De acuerdo con el crítico cultural australiano Dion Kagan, en *Positive Images* (2018), la cultura de la post-crisis ha propiciado una transformación de lo queer para adoptar un estilo de vida neoliberal privatizado y domesticado, según la nueva homonormatividad (2018: 5). Las identificaciones con formas de ejercer la sexualidad ajenas a lo que él llama el Nuevo Hombre Gay (ascético, limpio, desexualizado, monógamo, provida, neoconservador) son vistas como remanentes de un pasado oscuro asociado con la crisis del sida (hedonismo, barebacking, promiscuidad, pasividad anal). Kagan descubre que las pretendidas imágenes positivas de la cultura post-crisis vienen acompañadas de una serie de ideales imposibles y restrictivos propios de la cultura neoliberal normativa: disciplinada, vigilada, deshumanizada, esencialista, individualizada, emprendedora, racional y responsable (2018: 33), contrastante con otras formas hedonistas y libertarias de ejercer la sexualidad.

El énfasis queer en la deconstrucción de las identidades y la crítica a las prácticas heterosexuales preceptivas se pierde por la adaptación a un nuevo paradigma de portador alineado con los programas de futurabilidad reproductiva propios de los modelos biopolíticos jerárquicos y establecidos (2018: 44). Se le exige a los hombres que viven con el VIH establecerse como seres sacrificiales, disminuidos y sentimentalizados, con el fin de ser integrados en los programas de nacionalismo excluyente para mediar cualquier conflicto de género,

raza o clase. El Nuevo Hombre Gay superviviente debe atravesar un nuevo rol como coadyuvante de la reproducción heterosexual neo-conservadora; su arco de redención y renuncia se sostiene a través de la inactividad sexual monogámica y la deposición de cualquier papel principal en la narrativa más grande de la nación (2018: 51).

Para evitar la despolitización, el olvido colectivo y así no incurrir en la minimización, es necesaria la revisita a las diferentes narrativas que se han fraguado acerca del VIH. Asimismo, es necesario atender los testimonios y experiencias que han surgido como parte de esta severa crisis sanitaria. Es por ello que el académico Jih-Fei Cheng publicó *AIDS and the Distribution of Crises* (2020) para criticar cómo la lógica neoliberal ha reestructurado lo que el VIH significa, al reproducir o experimentar con narrativas neocoloniales que invisibilizan y subestiman los daños al proponer superaciones fáciles y convenientes para los intereses inmunitarios del capital.

En una conversación incluida en el capítulo «Eight Dispatches from the Past», diferentes estudiosos critican las distintas formas de relacionarse con la crisis y su relación con el inconsciente colectivo. El primer rasgo sobresaliente que Cheng destaca —y que fue teorizado originalmente por Marita Sturken— es que la epidemia del sida afectó profundamente la experiencia de nacionalidad de EUA; su trauma es comparable con la Guerra de Vietnam debido al fracaso de las narrativas de progreso acerca del imperialismo, la tecnología y la masculinidad (2020: 183). Las ambiciones de expansionismo ilimitado remanentes de la modernidad fueron rotas por la fragilidad encontrada con el sida; la sistemática criminalización y estigmatización dejaron expuesta la necropolítica de los gobiernos cómplices con las violencias de la homofobia, el racismo, la misoginia, la transfobia y el capacitismo (2020: 185). De aquí se desprende que la supuesta superación «post-sida» contribuiría a la rehabilitación de los delirios de grandeza nacionalista incontestada para ciertas potencias.

A pesar de esto, Cecilia Aldarondo encuentra que es mínima la crisis del sida en la memoria nacional de EUA en relación con sus horrores. Esta ignorancia contribuye a eximir de responsabilidades a los gobiernos y a las corporaciones, cuya negligencia y dilación en brindar ayuda propiciaron un genocidio que muchos supervivientes aún tratan de problematizar (2020: 189). Sin importar la magnitud histórica de la epidemia, Aldarondo halla que muchas de las revisitas realizadas a la crisis del sida han sido masculinistas, blancas y burguesas, que han pretendido separar tajantemente el pasado del presente para proveer una sensación reconfortante de exclusión con las comunidades de color y no estadounidenses que siguen afectadas. La gran pregunta que sugiere es cómo visitar el sida sin fosilizarlo, sin convertirlo en una causa política inerte y dócil para los programas de salud pública internacional indiferentes (2020: 190).

Por ello, el documentalista Jim Hubbard, colaborador de Sarah Schulman y participante en ACT UP, considera que es condescendiente pensar en la revisita como si fuera un asunto inerte que permanece estáticamente en la memoria para ser reusado a voluntad, siempre disponible y a una distancia segura (2020: 197). Por otro lado, advierte que, contradictoriamente, muchos podrían sentir que la historización del sida merma las luchas de la actualidad al hacer ciertas concesiones y pactos con el pasado, precisamente en la comparativa de la dimensión de las crisis y el nivel de incertidumbre en que se vivió durante los años 80 y 90, (aunque también menciona que negar la condición post-crisis sería una irresponsabilidad, al menos en el norte). El propio documentalista es cuestionado por hacer una narrativa triunfalista acerca de lo que significó el movimiento ACT UP, el cual, aunque pudo haber sido formado principalmente por una clase blanca, privilegiada y educada, se trata de uno de los movimientos civiles y de desobediencia civil más importantes en la historia reciente. En esto entra a colación la dificultad por conciliar lo siguiente:

There has always been a conflict in HIV work among those who want to stop the epidemic and those who want to alleviate the inequalities in the world that shape the epidemic. This is an oversimplified dichotomy that pits disease intervention against social justice work. Neither strategy, in and of itself, will end the epidemic. But the positions are, for some, intractable (2020: 212).

Los enormes logros alcanzados por los activistas de ACT UP quedaron opacados por los alcances que tuvieron en un sentido amplio de justicia social, en el sistema de salud pública o en las instituciones de apoyo. Hubbard plantea que la memoria de desobediencia civil y de prácticas revolucionarias no debería ser menoscabada, aunque su lucha quedara inconclusa. No hay que olvidar que muchos de estos luchadores sociales fueron impulsados a la protesta y a la acción con su vida en completo riesgo, sin mucho que perder por la proximidad de las enfermedades, y que la mayoría murió. Una lección que podría extraerse de estos tiempos de crisis es que las luchas sociales deben ser transversales si se pretende un cambio profundo y no únicamente concesiones. Queda en suspenso la posibilidad de unir protestas entabladas por élites liberales blancas en años pasados con aquellas presentes en el Sur Global y por personas de color.

0.1 Sida y gentrificación

Sarah Schulman, activista de ACT UP y escritora lesbiana, en *The Gentrification of the Mind* (2010) destaca la enorme diferencia entre su generación y las siguientes. Mientras sus conocidos morían a los veinte años, muchos jóvenes ahora tienen la posibilidad de vivir con «normalidad» gracias a ellos (2010: 6). ¿Habría una deuda histórica no pagada con los activistas del sida? En caso de haberla, Schulman descubre que difícilmente es saldada por tantos profesionales gays que han preferido el acomodo y la despolitización con tal de

integrarse en las estructuras del poder. La gran tesis de su libro es que la mirada queer y gay fuertemente politizada, que cuestiona mecanismos de biopolítica como el matrimonio, la guerra, la acumulación, el extractivismo, ha sido perdida con tal de lograr una integración cómoda con la institucionalización de la cultura. Esto se pone de manifiesto con los procesos de gentrificación, que son un programa concreto de reemplazo, donde las comunidades diversas son intercambiadas por grupos homogeneizados, lo que conlleva la destrucción de relaciones humanas. La gentrificación espiritual y de la mente ha sido un proceso de sustitución de gente alienada del cambio social y artístico (2010: 14). Coincidentemente, la crisis del sida ocurrió en medio de los procesos de transformación de viviendas de bajos recursos en habitaciones para los ricos durante la década de 1980. El virus contribuyó al desplazamiento de comunidades enteras y abrió paso a los procesos de reconversión neoliberal aplanadora. Todo esto sin que los propios gentrificadores estuvieran al tanto, pues sus privilegios han sido percibidos en muchas ocasiones como parte de un orden natural, ocultos por su ideología supremacista:

The gentrifiers [...] were «privileged» in that they did not have to be aware of their power or of the ways in which it was constructed. They instead saw their dominance as simultaneously nonexistent and as the natural deserving order. This is the essence of supremacy ideology: the self-deceived pretense that one's power is acquired by being deserved and has no machinery of enforcement [...] Gentrification is a process that hides the apparatus of domination from the dominant themselves (2010: 27).

Para Schulman, la gentrificación actual mantiene al sida como parte de su agenda al negar sistemáticamente recursos a la mayoría de seres humanos, para que un grupo privilegiado pueda disfrutar los beneficios de la disparidad. Así, para las potencias imperialistas, es importante mantener en la pobreza, dependencia y subdesarrollo a naciones enteras, para lo cual el VIH es un aliado (2010: 43). Los programas de apoyo establecidos por los dirigentes del mundo han respondido únicamente como una contribución superficial y fluctuante que no está preocupada por tratar los problemas estructurales que propician la epidemia del virus. Mientras tanto, los gentrificadores beneficiarios de estas dinámicas con productos «baratos» han participado de una mentalidad caritativa «insípida» expresada mediante los productos que se consumen (2010: 43).

Los programas de prevención, la preocupación genuina por los demás, han sido intercambiados por la mercadotecnia con campañas publicitarias y eslóganes de consejo banales, sin hacer nunca alusión concreta a la infrarrepresentación política, al estrés económico o al menoscabo social (2010: 43). Para la autora, la lucha contra el sida también es cultural, actualmente involucra aceptar que las propuestas de educación, formación y trabajo para la población deberían ser más interesantes que el abuso de drogas, que la rehabilitación debería ser tan fácil como ir a la cárcel (2010: 45). En esta dinámica opresiva, se le demanda al sujeto neoliberal introyectar la carga

de responsabilidad compartida con un tratamiento superficial que nunca observa a fondo los problemas estructurales. Se asume que la crisis del sida es un problema ajeno a las condiciones de vida ofrecidas, de las subjetividades posibilitadas por los entornos, de la disponibilidad de preservativos y de una cultura de la prevención adecuada. La superación «post-sida» es propuesta como el cambio de una campaña de mercadotecnia, como si la pura inclusión en los paradigmas del consumo y en el interés del capital fuera suficiente para resolver problemas endémicos profundos.

Para evitar pensar en superaciones fáciles, Schulman recuerda el valor de la memoria colectiva. Menciona que cada persona gay que vivió en Nueva York o en San Francisco entre los 1980 y principios de los 1990 es un superviviente de la devastación: «When you meet a queer New Yorker over the age of forty, this should be your first thought, just as entire male generations were assumed to have fought in World War II or Korea or Vietnam» (2010: 45). ¿En verdad hubo un luto colectivo profundo o simplemente se trasladó la atención a un nuevo problema y se integró en los paradigmas de la caridad y la superación del capitalismo con más capitalismo y mercadotecnia a la crisis del sida? ¿Existe un verdadero reconocimiento a los supervivientes que tuvieron que confrontar a la sociedad y al gobierno para el reconocimiento de sus derechos? Estas preguntas contrastan con el duelo colectivo institucionalizado por el 9/11, que sería la contracara de la crisis, la forma socialmente validada y reconocida de expresar tristeza y desolación por el fracaso del proyecto imperialista omnipotente que ha dejado expuestas sus fisuras y vulnerabilidades:

The disallowed grief of twenty years of AIDS deaths was replaced by ritualized and institutionalized mourning of the acceptable dead. In this way, 9/11 is the gentrification of AIDS. The replacement of deaths that don't matter with deaths that do. It is the centerpiece of supremacy ideology, the idea that one person's life is more important than another's. That one person deserves rights that another does not deserve. That one person deserves representation that the other cannot be allowed to access. That one person's death is negligible if he or she was poor, a person of color, a homosexual living in a state of oppositional sexual disobedience, while another death matters because that person was a trader, cop, or office worker presumed to be performing the job of Capital (2010: 47).

El proceso de duelo forzado y superación histórica impuesta «post-sida» es semejante al que atraviesan los sobrevivientes de desaparecidos de dictaduras, el que enfrentan recientemente los familiares de difuntos por la pandemia de covid, o incluso el que enfrentan quienes viven con VIH, cuando se les exige normalidad o se les demanda convertirse en Nuevos Hombres Gays masculinizados y ultraproductivos. El sufrimiento debe entregarse a un programa estandarizado implementado por una teleología de superación universal obligatoria para no contestar los proyectos progresistas de homogeneidad gentrificadora, donde son necesarios los sacrificios de categorías enteras de la población.

La mentalidad de superación gentrificadora precisa que mediante el consumo la experiencia vivida será justificada e integrada en un sistema tangible, que podrá expresarse el dolor, el sufrimiento y la tristeza con gestos «caritativos» consumistas, que debe sintomatizarse la desorientación con un programa de compras, que las muertes convertidas en abstractas y plurales son indiscernibles del ciclo del capital. Sin embargo, a la larga, esto deja una disonancia en la memoria colectiva, sigue Schulman: «Pretending that AIDS is not happening and never happened, so that we don't have to be accountable, destroys our integrity and therefore our future» (2010: 52). A partir de aquí podemos descubrir que hay un duelo pendiente, una actividad transitiva y constante sobre la cual probablemente el inconsciente colectivo pretendió dar vuelta de página sin aspavientos, a pesar de haber visto reflejados sus más profundos miedos con la ruptura del paradigma de inmunología de las clases poderosas, de las élites, tal y como ocurrió en la pandemia del covid reciente.

Las reapariciones que Schulman encuentra del sida en la cultura popular recaen en lo banal y secundario, inconsecuente y moroso, no vienen de un sitio verdadero, preciso, complejo, sentido ni profundo para ser integrado con la autopercepción de los estadounidenses. Lo transfieren a un mito que podría no haber tenido lugar, a una figura de incertidumbre sobre la cual mejor sería reprimir y pretender que nunca ocurrió según los ejercicios de superación histórica compulsoria. Si acaso permanecen remanentes de represión sexual e indiferencia por las comunidades afectadas (2010: 156). La relación con el futuro se ve comprometida por la falta de integridad y de responsabilidad histórica.

La crítica y la denuncia de estos procesos de borramiento no es la única alternativa. Mientras Sarah Schulman advierte, en *The Gentrification of the Mind* (2012), el modo en que la epidemia del sida fue borrada de la conciencia colectiva mediante procesos de gentrificación física y simbólica, otros autores han explorado formas alternativas de reinscribir esa memoria en el presente. Christopher Castiglia y Christopher Reed, en *If Memory Serves: Gay Men, AIDS, and the Promise of the Queer Past* (2011), plantean que el pasado del sida no debe ser únicamente un archivo del duelo, sino también una reserva de deseo, imaginación política y formas comunitarias. Desde su enfoque, el pasado queer no es solo un trauma por superar, sino una «affective and political resource for reimagining queer life beyond the individualizing tendencies of the neoliberal present» (2011: 3). Así, mientras Schulman narra la devastación y el silenciamiento urbano que siguió a la crisis, Castiglia y Reed también apuestan por una reactivación crítica de la memoria, no desde la nostalgia, sino desde su potencia transformadora también.

0.2 Sida y globalización

Bajo las ideas preconcebidas de superación y gentrificación del imaginario, los debates originales acerca del sida y la globalización han quedado olvidados (así como tantas historias del feminismo). Han sido expulsadas de la memoria las diferentes formas en que fuera experimentada la sexualidad y el tránsito entre diferentes países del mundo. Una de las obsesiones iniciales de la epidemia fue encontrar un origen: un paciente cero hípersexual, un culpable, un sitio al cual proyectar deseos y miedos. En ese sentido, para el primer mundo África funcionó como un símbolo de amenaza. Ya lo advertía Susan Sontag en *El sida y sus metáforas* (1989), quizás el libro más leído acerca del tema y que contribuyó a cuestionar la caracterología de la enfermedad:

La epidemia de sida sirve como una proyección ideal para la paranoia política del Primer Mundo. El llamado virus del sida no sólo es la quintaesencia del invasor del Tercer Mundo, sino que equivale a cualquier amenaza mitológica. En este país, el sida ha provocado hasta ahora reacciones menos racistas que en Europa, incluida la Unión Soviética, donde se subraya el origen africano de la enfermedad (2022: 167).

Los paradigmas de proteccionismo y paternalismo caritativo, acompañados del consumo sirvieron para ahuyentar la vulnerabilidad compartida entre naciones encontradas en medio de la globalidad de la crisis. Si la búsqueda de culpabilidad originalmente revelaba la xenofobia imperante en las sociedades del primer mundo, esta luego fue encubierta y expiada con los sistemas de la gentrificación, que ocultan la opresión de los opresores a través de una ideología supremacista que sobrepone al yo heterosexual blanco sobre el homosexual racializado como fuente de justificación autosuficiente.

Estos problemas forman parte del inconsciente colectivo del norte y de Estados Unidos, sin embargo, no son universales. El libro de Lina Meruane, *Viajes virales* (2012) ofrece una lectura muy distinta desde el sur, desde autores que experimentaron otra cara de la globalización y del intercambio de personas y virus por el mundo. Mientras que para Estados Unidos el virus venía del tercer mundo, para los sudamericanos venía del norte, de los países poderosos, los cuales ejercían su poder y autoridad a través de la compra de sexo y la biodisponibilidad de cuerpos para el goce de viajeros o por las élites que regresaban al país afectados.

La lectura que Meruane propone se asemeja a la de Marita Sturken en cuanto que, mientras que para Estados Unidos el sida simbolizó, al igual que la Guerra de Vietnam, el fracaso de los intereses expansionistas e imperialistas, para el sur global implicó el fracaso de las promesas de igualdad económica y democrática entre continentes en el marco de la globalización. El virus se presentaba «como emblema de ese fracaso» (2012: 14). Las expectativas de que el libre tránsito, el libre mercado y la desregulación neoliberal propiciaran una mejoría de las condiciones de vida quedaron en suspenso por la llegada de un elemento indeseable: el virus. Esto demandó

la imperiosa necesidad del proteccionismo estatal para mitigar la crisis y dejó al descubierto los límites del intercambio sin fronteras. Es decir: «El lugar de la comunidad latinoamericana en las zonas y comunidades menos plenamente globales del planeta permite leer al portador del virus, al afectado por el sida, como sujeto falaz de ese sueño y, al síndrome, como uno de los precursores distópicos de la aldea global» (2012: 16).

En el virus se encuentra la contracara de las utopías de la globalización, de los intercambios libres de personas y mercancías como algo enteramente deseable. La ruptura de la ficción de lo global dejó expuesto que los acuerdos comerciales pactados entre corporaciones y estados en realidad eran formas de proteccionismo que ampliaban el poder de los países más influyentes sobre las naciones menos afortunadas, y les permitían negociar acuerdos a su favor. Por su parte, para los países poderosos, el envío de bienes de consumo para irrumpir las economías locales, los modos de vida y los pactos comunitarios, se complicaba cuando, a cambio, o de vuelta, reciben el sida, con «el sidoso como guerrillero del tercer mundo o como terrorista que amenaza la imaginada sanidad de la nación» (2012: 34). Ambas partes terminaron percibiendo los efectos secundarios de la globalización, manifestados por una creciente preocupación de los ciudadanos del norte hacia los del sur, cuando estos afectan sus condiciones de vida debido al tránsito del virus. Una vez «controlada» la enfermedad a mediados de los noventa, ocurrió «el inicio de la desaparición mediática de los países pobres y sus afectados ciudadanos» (2012: 39), y se relegó a la enfermedad como algo ajeno y tercermundista. El paradigma solidario de las potencias fue reemplazado por uno de inmunología, exclusión y políticas fuertes antinmigratorias y antitránsito. Lo que se prometía como libre circulación dejó al descubierto que, en realidad, era tendencioso y calculado según los beneficios de unos sobre los otros.

En cuanto a las subjetividades de la crisis, en particular la de los homosexuales, hubo un fuerte conflicto vivido por la dificultad del exilio. Para autores latinoamericanos como Copi, Severo Sarduy o Reinaldo Arenas, el exilio con la anhelada libertad quedó imposibilitado por el virus; aquellos que pretendieron ejercer su sexualidad libremente en países distintos a los que nacieron fueron alcanzados por la epidemia. Al no encontrar una nación habitable, ajena a los estragos que vulneraron la continuidad ontológica y las posibilidades de realización, imaginaron nuevas formas de filiación de índole sexual para preservar el ímpetu comunitario (2012: 53). No obstante, estas comunidades también fueron alteradas por el fenómeno de la globalización.

El caso de la comunidad chilena descrito conmovedoramente por Pedro Lemebel es particular, pues, si bien no se reprimió directamente el cuerpo homosexual por la dictadura debido a las ambiciones de lucro, sí fue sujeto a los embates de la gentrificación neoliberal.

Para los maricas chilenos se pretendió el intercambio de formas de experimentar la homosexualidad vernáculas por otras homonormativas provenientes del norte. Según apunta Lina Meruane:

El libre mercado solo le perdona transitoriamente la vida a la homosexualidad chilena: con la apertura de las fronteras económicas no solo se introduce en Chile la lógica libertaria del mercado y sus capitales sino que también ideas foráneas destinadas a cambiar las costumbres sexuales y a destruir la especificidad de las comunidades travestis. Desde su esquina local, la llamada globalización de las sexualidades se ve como una liberación engañosa (2012: 53).

Con la llegada de la globalización, desde un ángulo de género, la presencia gay del norte «hará desaparecer la del sur». Lina Meruane, seguida de Pedro Lemebel, caracteriza esto concretamente en la progresiva masculinización signada por la eficacia y la potencia gay masoquista, con una idea sugerente sobre la desaparición de lo femenino en comunidades enteras como un acto violento de integración en paradigmas teleológicos centralizados, especialmente con la destrucción hasta del «cuerpo mismo de las mujeres» (2012: 56). (Aunque escapa a los límites de este trabajo, hay una carga reflexiva importante sobre los femicidios y el odio de género en algunos de los laboratorios neoliberales más relevantes, como las maquilas en Ciudad Juárez, en tanto síntoma de la masculinización forzada de las ciudades fruto de la globalización).

Durante la lucha contra la epidemia de sida la participación demandó, para grupos divergentes, la adaptación y comodificación de modelos sexuales y de prevención aceptables para las clases dominantes. En este sentido, Reinaldo Arenas menciona una idea profundamente vigente acerca de la lucha por la igualdad de derechos. Lo parafrasea Lina Meruane: «El cubano llega a confesar que la igualdad entendida como homogeneidad de la práctica sexual, como anulación de la diferencia, no le interesa en absoluto» (2012: 55). Por ello, la figura del homosexual afeminado o travestido «sufrió los embates de una doble epidemia: la viral y la global» (2012: 57). Para ser dignos de recibir la ayuda del norte era necesario intercambiar la imagen pública de la comunidad homosexual y medicalizar los hábitos, ser presentables ante la comunidad médica y científica. El virus se convierte en un reflejo de «una penetración poscolonial, de la importación de una nueva lógica en territorios abiertos y vírgenes» (2012: 67), es decir, la necesaria adaptación a paradigmas identitarios exógenos como un medio de supervivencia para recibir ayuda y atención; un tanto de lo que habría sido facilitado con la fuerte digitalización durante la pandemia de covid.

Paradójicamente, la crisis del sida significó también un regreso al estado, un regreso a la nación en busca de protección, o al menos un sitio donde morir y ser enterrado mucho más brusco que el género *coming-home-to-die* en el mundo anglo. De ahí proviene una de las más estremecedoras metáforas sobre necropolítica escritas

en los últimos años, se trata de *Salón de belleza* (1994) del escritor mexicano-peruano Mario Bellatin, el cual Meruane describe de la siguiente forma:

Es en ese recinto donde se explicita que el Estado ha renunciado a sus funciones custodiales y ha dejado a los ciudadanos en manos de quien quiera auxiliarlos o destruirlos. El altruista estilista que convierte su salón en lugar de acogida se va viendo progresivamente contagiado por una lógica de extrañamiento genocida y acaba por entregarse a conductas deshumanizadas, desnudando así una atroz deriva que revierte al pasado de la comunidad para advertirle que en la peste ya no hay escapatoria posible: el Estado nacional se alegoriza y también se confirma como moridero de todo disidente (2012: 76).

Es en momentos de crisis y excepción donde el Estado visibiliza cumplidamente sus funciones. En el caso del sida, lejos de ser una institución destinada a la preservación de la vida, a la gestión de los procesos vitales (acaso para el robustecimiento de la industria y la producción de valor para el capital), intercambia este paradigma para ser una institución enfocada en la gestión de la muerte, eficaz, racionalizada y reglada. Esta alegoría también se construye con la transición de un salón de belleza femenino, una estética unisex, hacia una monosex, de un lugar feminizado a un lugar masculino reglado como el sugerido por la eficiencia globalizadora en una sociedad cuya teleología es la productividad pura vaciada de todo destino: «Las implicancias de desorden sexual del sida ponen en marcha un simbólico mecanismo disciplinario en el que la supresión total y definitiva del signo mujer se forma como única manera de restablecer el orden; un orden, sin embargo, completamente desolado y estéril» (2012: 250). Carente de ideologías, proyectos compartidos e identificaciones mutuas, el Estado revela sus funciones de gestor de muerte como objetivo último de su existencia más allá de otro tipo de dedicaciones. El compromiso del Estado es crear una nación moridero, un sitio de simple tránsito hacia la muerte, en especial para aquellos ciudadanos reconocidos como indeseables.

El homosexual ha sido considerado el enemigo o la contracara de las naciones prácticamente desde que fueron fundadas; es aquel que se niega a la reproducción de la mano de obra para fines de lucro, el que niega las armas y el exterminio, el que rompe con los ciclos de violación como intercambio de valores seguidos de la militarización masculinista. Por ello, la crisis del sida se presentó como una oportunidad para eliminar una nación dentro de la misma nación, un nuevo holocausto auspiciado por el beneplácito de naciones enteras (2012: 119). Esfuerzos como el realizado por ACT UP, aunque ocurrieran en el norte, no deben ser dados por descontado en este tenor; la lucha por los derechos de las personas que viven con VIH ha sido una de las causas más importantes en años recientes. Demanda el reconocimiento por parte del Estado de comunidades disidentes como sujetos de derechos.

Mientras tanto, el posible cuidado estatal se revela como una oportunidad de lucro y abuso poscolonial para los más poderosos; la ayuda prestada por el norte global revela nuevas relaciones verticales de dependencia: la asistencia es una intervención ideológica para continuar con los imperativos de la globalización intrusiva; se adeuda a los estados pobres para someterlos a relaciones jerárquicas, debilitando las estructuras sociales para comprometer poblaciones. Un ejemplo de resistencia lo constituye Brasil, que suspendió la patente de los medicamentos para tratar el VIH y fue pionero en la fabricación de medicamentos genéricos, a pesar de las amenazas de cortes internacionales (Alcorn, 2008). En estos contextos, las tasas de mortalidad pudieron reducirse mucho más que en los países aquejados por el endeudamiento masivo a las industrias farmacéuticas internacionales.

Viajes virales de Lina Meruane marca un hito en los estudios entre la nación y la subjetividad. Sigue la corriente sobre las *Comunidades Imaginadas* de Benedict Anderson y las *Ficciones Fundacionales* de Doris Sommer, pues encuentra, desde la literatura y las ficciones, las condiciones para establecer pactos entre individuos y colectivos, entre gobernados y gobernantes, estudia las condiciones de gubernamentalidad y formación de comunidades. La trayectoria que sigue sobre las comunidades homosexuales parte de la fundación de una solidaridad homosexual transnacional de Witold Gombrowicz como un exiliado de las demandas militaristas de su Polonia natal; va hasta la comunidad (im)posible homosexual letrada de Reinaldo Arenas; o también de aquella «marginada, transgresora y politizada» en Néstor Perlongher o en Arenas; el conflictivo retorno a una nación moridero de Copi o de Severo Sarduy; la que ilustra la fuerte tendencia a la masculinización social en Fernando Vallejo; o aquella que buscó reimaginar las funciones custodiales del Estado y la nación para descubrir un espacio de «encierro terminal» según se sigue de Mario Bellatin.

Los últimos exponentes de las literaturas seropositivas que Meruane estudia y que se enmarcan en el contexto de la post-crisis (mucho más condicionada para Argentina) son Daniel Link y Pablo Pérez, escritores post-HAART, quienes narran acerca de la fuerte alienación propiciada por la medicalización de los sujetos. En ellos: «El ingreso a una nueva vida dominada por la rutina farmacológica se experimenta aquí como clausura de la subjetividad creativa» (2012: 272). A semeja como si la libido dinámica propia de ciertas décadas del siglo XX por alcanzar la liberación sexual y experimentación con los cuerpos fuera traspuesta por una nueva escena donde las mecánicas de consumo impaciente y los procesos culturales del capitalismo impiden la posibilidad del goce (2012: 274). El otro, el reconocimiento mutuo, incluso el amor, es sustituido por ejercicios de gratificación solitaria para escenificar las fantasías de un sexo seguro, mediado por la tecnología, ajeno a los «fluidos potencialmente peligrosos» (2012: 268), sostenida por la pantalla y la pornografía,

además, con el intercambio de la exploración sexual disidente por un individualismo que rompe con la posibilidad de cualquier agenda política.

Los protagonistas se ven luchando solos, a menudo angustiados por una sobrevivencia que implica un alto grado de responsabilidad personal y de rutinas que intensifican la relación narcisa con el propio cuerpo enfermo. La sofocante monotonía de la medicación moviliza a los sujetos de la escritura contemporánea que buscan, como escapatoria al rigor farmacológico, menos el estar con otros en lo cotidiano que la intensidad de sucesivos y muchas veces efímeros encuentros sexuales auxiliados por los soportes virtuales de la comunicación (2012: 263).

Los imaginarios centrados en el cuerpo ajeno se vuelcan en el propio, la articulación de una comunidad unida para enfrentar la muerte se debilita y se cambia por otra desasida de cualquier causa política. Esto es un emblema de los procesos de atomización y desintegración comunitaria que han ocurrido en los últimos años. La comunidad homosexual rompe con su politización para reformular un contradictorio miedo al contagio dotado también de la falta de compromiso. La ansiada tranquilidad proveniente de los medicamentos nunca llega como fue anunciada: «En los textos argentinos que registran la novedad farmacológica, esta no se narra como alivio: impera más bien la ansiedad sobre esa vida cotidiana cronometrada por el horario de las pastillas» (2012: 257). La incertidumbre prevalece, la dificultad por encontrar los medicamentos interviene también en las certidumbres ontológicas necesarias para el establecimiento de vínculos de compañía profunda en estas narraciones. Aun si han sido olvidados los orígenes de la despolitización de las comunidades homosexuales, sus nuevas caracterizaciones continúan siendo vigentes. En esto se enlaza con las imágenes «positivas» demandadas a la población gay que encuentra Dion Kagan en la cultura popular anglo.

0.3 Los hombres que no fui, de Pablo Simonetti

Una imagen reciente de la experiencia VIH post-crisis la ofrece Pablo Simonetti en *Los hombres que no fui*, donde recrea múltiples escenarios posibles en los que el personaje narrador gay, Guillermo Sivori, pudo haber cedido al mandato heteropatriarcal o a la homosexualidad burguesa para su beneficio. Esta novela de 2021 ofrece una relectura de acontecimientos políticos desde un ángulo no heteronormado para construir una perspectiva conflictiva del estallido social de Chile surgido en 2019 como un lapsus que desnaturaliza las narrativas de las élites. El narrador menciona: «En esa comparación no dejaba de preguntarme qué forma habría adquirido mi vida de haber sido heterosexual. ¿Habría sido un hombre conservador como la mayoría de mis compañeros de universidad y mis hermanos? Lo creía difícil» (2021: 4). La gran inquietud que despierta esta novela es la relatividad de las formas de vida ofrecidas como dadas para aquellos heterosexuales conservadores de clase alta integrados en el sistema. ¿Hay una posibilidad de desenfocar y desestimar su

sistema de convicciones a través de un lente de disidencia sexual? Pues esto es lo que realiza el narrador al observar precisamente los hombres que no fue, las subjetividades sobre las que no basó su personalidad.

En una suerte de revelación, comprendí que había tomado el lugar que me habría correspondido de haber acatado los requisitos, o de haber fingido cumplirlos. Y la razón radicaba, en gran parte, en que era heterosexual. Veía a mi hermano gesticular con el desembarazo propio de quien se siente a sus anchas. No había a quién culpar, porque no fue responsabilidad de nadie en concreto. Cuando salí del clóset me alejé de mis compañeros y ellos de mí. Se había producido un cisma respecto de aquello que debía unirnos en el futuro. La homosexualidad entre ellos no tenía la menor cabida. Era una desviación y un peligro (2021: 4).

A partir de la desestimación de las convicciones ideológicas que alimentan a las clases altas chilenas, el narrador se permite hacer también un contraste en la interpretación de la memoria reciente de las crisis del sida en la que se observa un duelo precipitado y una superación histórica a través de la omisión y el olvido.

Cuando Guillermo Sivori llega a una subasta en el departamento que vendió a un coleccionista recién finado, encuentra que el martillero es el hermano de un amigo suyo muerto por enfermedades oportunistas relacionadas con el sida. Ante la seguridad que le ofrecen los objetos exclusivos, encuentra el narrador en el martillero una falta de responsabilidad por el desentendimiento que tuvo con su hermano enfermo, Joaquín, acaso mucho más bello que los objetos que pretende sobreponer al valor de las relaciones humanas:

Era un hombre para quien la posesión de departamentos únicos, cuadros de la Escuela de Barbizon, jarrones de cerámica de la dinastía Qing o platos japoneses Imari, implicaba una forma de pertenencia, un marco de seguridad, un muro de frontera que los menos afortunados no podían cruzar. Al verlo así tan impoluto, tan bien dibujado, tan nítidamente vinculado a su clase, recordé a su hermano que murió de sida con la sola compañía de sus amigos, sin que nadie de la familia velara su agonía. El martillero debía de pensar que su limpieza lo protegía y lo resguardaba de cualquier enfermedad, y así podía gozar de las bellezas inertes con que se revestía, sin darse cuenta de que su hermano había sido la mayor y más viva belleza que había tenido cerca en toda su existencia (2021: 1).

La estabilidad que encuentran los potentados en sus propiedades y objetos demarca una sensación fija de la historia, con una memoria selectiva hacia aquello que ha sido digno de preservar. En esa escala de valores importó más conservar las pertenencias que a los seres cercanos, aun fueran miembros de su familia, la pretendida piedra de toque de las ideologías nacionalistas.

Mientras que la sociedad se reúne para celebrar el intercambio de bienes, el padecimiento de enfermedades queda oculto y relegado a espacios de aislamiento, especialmente en cuanto al sida. La forma que adoptó la epidemia para los hombres gay fue la reclusión, el silencio y el estigma, pues tuvieron que morir en silencio sin ningún

respaldo más que el de sus amigos. La mentalidad neoliberal y conservadora demandó una privatización de la enfermedad. El estigma fue doble, pues no pudieron tantos ni salir del clóset, confesar su orientación sexual, ni tampoco compartir sus penurias en tanto enfermos terminales. Importó más la estabilidad de las normas, la preservación de las apariencias sociales escrupulosamente cultivadas, que la solidaridad y apoyo mutuo:

Muchos de ellos comenzaron a morir a principios de los noventa. La mayoría no tenían a quién contarle de su enfermedad sin incurrir en el riesgo de que la noticia corriera de boca en boca y se transformara en un escándalo, ni tampoco tenían familias que los hubieran acogido luego de que les confesaran que eran homosexuales. No pocos seguían dentro de un estricto clóset (2021: 5).

Esta forma de vida retrógrada tuvo que ser sorteada por personas altruistas tales como el matrimonio de Luz y Gonzalo, quienes dispusieron recursos y de sus espacios para atender a amigos enfermos de sida. Las instituciones familiares y estatales son sustituidas por particulares solidarios, se transfiere la custodia y la responsabilidad hacia una comunidad civil de afectados. En esto se observa otro más de los rasgos alienantes del sistema neoliberal por el desprendimiento de aquellos seres no integrados en los estatutos de la normalidad productiva o de la salud del consumidor activo. Aquellas personas supuestamente integradas, aun siendo ricas, cosmopolitas y habitantes de países en el extranjero, tuvieron que regresar a una nación moridero aunque no mediada precisamente por el estado, sino por la caridad de amigos, quienes sostienen una red de apoyo más robusta:

El primero en enfermar fue un antiguo funcionario del Banco Mundial. No quería morir solo en Washington, así que les pidió a Luz y a Gonzalo que lo recibieran en su casa. Eran los tiempos en que a los enfermos de sida los trataban como leprosos y nadie quería ni siquiera atenderlos en los hospitales. Luz me confesó una vez que jamás había tenido miedo. Que ella lo limpiaba y le lavaba su ropa, porque sencillamente había que hacerlo y sabía también que el virus no se pegaba por el contacto cotidiano (2021: 5).

El optimismo de Joaquín resulta patente cuando enfrenta su enfermedad no únicamente según el paradigma necropolítico del final, de la gestión de la muerte y de la falta de ilusión y esperanza. Al contrario, sostiene una ilusión por vivir aún al conocer su estado terminal; en una señal de madurez se encuentra que incluso las personas desahuciadas tienen derecho a guardar felicidad y encontrar satisfacción sin importar que su muerte sea cercana. La versión de los recuerdos del sida de Pablo Simonetti responde a una memoria solidaria de los apoyos que tuvieron que surgir en cuanto a la comunidad para evitar el estéril proyecto de la nación moridero:

Nosotros íbamos a verlo de vez en cuando y lo encontrábamos haciendo el intento de ser el hombre lleno de planes, feliz y despreocupado de antes, sin llegar a lograrlo del todo. Sus perros dormían con él en la habitación. Luz nos contó que pocas horas antes de que muriera, los tres habían fumado marihuana y se habían reído juntos por última vez.

Esa había sido su despedida porque, yo tenía que saber, los funerales eran una soberana lata (2021: 5).

Las muestras de solidaridad desinteresada y caritativa por parte de la sociedad civil fueron expulsadas de cierta memoria oficial. En esto queda en cuenta otro de los intereses por superar al sida, en comunicar su fin y reprimir el pasado. Ni el hermano ni los familiares encararon un proceso de duelo o reconocimiento por su difunto, lejos de aquello optaron por la omisión como si nunca hubiera ocurrido. Esta sensación ha terminado por permear a capas de la sociedad que podrían ser más comprometidas por atravesar procesos de concientización y conocimiento acerca del daño reciente a poblaciones enteras de sujetos seropositivos.

—¿El barbeta dueño de la casa de remates les ha dicho algo de Joaquín? —Es gente de otra época —dijo Gonzalo—, si uno les habla del asunto, se quedan mudos, como de mármol. —No es gente que pregunte cosas, ¿sabes? —dijo Luz—. Una vez la mamá me agradeció, como diez años después de que Joaquín muriera. Gracias, Luz, nada más, a la salida de un matrimonio. ¿Pero qué les va a pedir uno? No hay que esperar nada de la gente (2021: 5).

El final de la novela, donde Sivori ya ha mostrado cómo rompió con múltiples paradigmas conservadores acerca de las dinámicas sociales, es acompañado por los estallidos sociales, las protestas en Chile que mostraron la contingencia, la posibilidad de cambio frente a aquellos protectores del estatismo y la preservación incondicional de privilegios a través de violencias de todo tipo. Así como se pretendió un mundo «post-sida», post-política, post-tensiones, se ofrece también que muera ese mundo de exclusiones y desdén por el bien común.

Ese mundo ya pasado terminaba de morir. Tuve miedo. También moría una parte de mí. Ya no era la persona que vivió en ese lugar, pero mi personalidad seguía construida sobre su recuerdo. Ese mundo de formas bellas, tiránicas e infructuosas, de reglas inculcadas que podían llegar a ser mortales, desaparecía ante mis ojos. En una esquina de mi corazón, un instinto vengativo se dio por satisfecho (2021: 13).

Si algo ilustra la novela con sus contrastantes formas de ejercer la sexualidad, la libertad y la amistad, es que es necesario desprenderse de muchas de las ataduras que generaron la indiferencia frente a los enfermos de sida. Aun siendo miembros de clases poderosas, muchos enfermos padecieron la discriminación y la segregación. Por muy integrados que resultaran a los mecanismos y las dinámicas del poder, la élite heterosexual termina por desplazar a los enfermos que resulten incompatibles finalmente con las dinámicas masculinistas del extractivismo. En esas condiciones no hay lealtad más que al capital.

Conclusiones

En la novela de Pablo Simonetti se observa que para la sociedad conservadora interesa más la preservación de bienes que la de personas no obstante sean parte de su familia (supuesta institución intachable); que para realizar el duelo y la redención de los muertos por sida hace falta un desprendimiento de las subjetividades condicionadas por la fijación individualista y fetichista. En un contexto presente hace falta la restitución de redes de solidaridad y apoyo mutuo para evitar incurrir precisamente en la despolitización y el aislamiento. La normalización «post-sida» impuesta forzosamente depara en la alienación y la re-estigmatización como se observa especialmente con las nuevas subjetividades homonormativas basadas, además, en una tendencia simplificadora a gentrificar y despojar todo valor sensible y humano para subsumir en el calculador, estéril y mezquino mundo de los dineros y del valor de cambio.

Con esta investigación espero haber mostrado un tanto de la importancia de visitar e historizar las crisis para reconocer a todxs lxs sobrevivientes y a las personas que han muerto por sida, a las que están muriendo. Especialmente aquellxs que han luchado para enseñarnos cómo actuar y defender una comunidad con derechos dedicada al florecimiento de la vida ajena a los mandatos masculinizadores de la globalización ultraproductiva sin valores otros más que los de la pura extracción por la extracción. Además, hay que señalar que los asuntos no han concluido, que la pretendida post-crisis debe ser caracterizada responsablemente para no omitir la causa vigente por las personas del sur global que se contagian todos los días, especialmente en África, cuya seguridad actualmente está en gran riesgo con la transición presidencial en Estados Unidos.

Los temas propuestos para esta revisitación tienen un potencial político transversal, su estudio contribuye a la lucha común por los derechos de migrantes, trabajadores precarizados, minorías raciales y, en particular, de quienes viven con VIH. Quedan abiertas varias preguntas para seguir esta conversación. Por ejemplo: ¿qué implica el regreso del Estado y con qué principios opera, como gestor de vida o de muerte al servicio de la productividad? ¿Cómo enfrentar el paternalismo nacionalista, cuyas estrategias populistas suelen orientarse más a crear nuevos consumidores endeudados, dirigidos por la tecnificación del mundo, que a garantizar cuidados reales? ¿De qué manera visibilizar los procesos de reemplazo y gentrificación que, como en tantas crisis económicas y mercados inmobiliarios adversos, encubren la ambición y los límites de proyectos imperialistas homogeneizadores? ¿Cómo cuestionar la homonormatividad cómplice que cede ante los intereses dominantes para asegurar privilegios? ¿Qué contracara distópica de la globalización crece hoy, en un tiempo marcado por el resurgimiento de fundamentalismos y de Estados racializados, étnicos o religiosos que convierten al otro en amenaza? Y, finalmente, ¿cómo recuperar el duelo y reconstruir el deseo y las subjetividades, en una transición del *thanatos* al *eros*

que tantas veces se impone desde intereses ocultos? Asumir estas preguntas implica un nuevo compromiso: volver al archivo para proponer una energía libidinal distinta, basada en la solidaridad, la compasión y la empatía. Una energía que no se funde en la pulsión de muerte y dominación, ni en el control absoluto de la técnica y la gestión abstracta de lo vivo, sino en la afirmación de lo común.

Bibliografía citada

- ALCORN, K. (2008): «Brasil rechaza la patente de tenofovir», *Grupo de trabajo sobre tratamientos del VIH*, <<http://bit.ly/40rxJrv>>, [01/08/2025].
- BELLATIN, M. (1999): *Salón de belleza*, México: Tusquets Editores.
- CASTIGLIA, C. y CHRISTOPHER REED (2011): *If Memory Serves: Gay Men, AIDS, and the Promise of the Queer Past*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CHENG, J. et al. (2020): *AIDS and the Distribution of Crises*, Durham: Duke University Press.
- COPI (2005): *Una visita inoportuna*, Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- GOMBROWICZ, W. (1986): *Transatlántico*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- KAGAN, D. (2018): *Positive Images: Gay Men & HIV/AIDS in the Culture of «Post-Crisis»*, Londres: I.B. Tauris & co.
- LINK, D. (2018): *Carta al padre y otros escritos íntimos*, Santiago: Alquimia.
- MERUANE, L. (2012): *Viajes virales. La crisis del contagio global en la escritura del sida*, Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- MORAGA, P. (2024): «El miedo a que la elección de Trump frustre la lucha contra el VIH asoma en África», *El País*, <<https://elpais.com/planeta-futuro/2024-11-19/el-miedo-a-que-la-eleccion-de-trump-frustre-la-lucha-contra-el-vih-asoma-en-africa.html>>, [01/08/2025].
- PÉREZ, P. (1998): *Un año sin amor: diario del sida*, Buenos Aires: Editorial Perfil.
- PERLONGHER, N. (2004): *Papeles insumisos*, Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- SARDUY, S. (1993): *Pájaros de la playa*, Barcelona: Tusquets Editores.
- SCHULMAN, S. (2010): *The Gentrification of the Mind: Witness to a Lost Imagination*, Oakland: University of California Press.
- SONTAG, S. (2022): *La enfermedad y sus metáforas/ El sida y sus metáforas*, México: DeBolsillo.

SIMONETTI, P. (2021): *Los hombres que no fui*, Santiago de Chile: Alfaguara [ed. digital].

STURKEN, M. (1997): *Tangled Memories: The Vietnam War, the AIDS Epidemic, and the Politics of Remembering*, Berkeley: University of California Press.

VALLEJO, F. (2001): *El desbarrancadero*, Bogotá: Alfaguara.

WALKER, L. (2020): «Problematizing the Discourse of «Post-AIDS»», *Journal of Medical Humanities*, vol. 41, 95-105.